

# I

El dolor siempre llegaba primero.

Una lacerante punzada recorrió su espalda cuando las tiras de cuero azotaron su piel y la dejaron en carne viva. Luego oyó el res-tallido del látigo, justo detrás de la nuca, como el sonido del trueno tras el fulgor del relámpago. Solo entonces descubrió el motivo: se había rezagado, para ayudar a un compañero que apenas podía mantenerse en pie, y el capataz se lo había hecho saber.

En la vida de un hombre libre, la conciencia de un acto siempre precede a sus consecuencias. Para un esclavo esa cadena se invierte, y muchas veces solo responde al capricho. Marco ayudó a Niñato a reunirse con Annio y el resto de los prisioneros: una veintena de hombres y mujeres encadenados, tan harapientos como él. Era mediodía y el sol derramaba sobre sus cabezas una abrasadora cortina de plomo fundido.

Llevaban dos días atravesando aquel desolado paraje del Samnio y todavía no les habían dado nada para comer. Solo pudieron recoger unas raíces del suelo cuando pasaron la noche encadenados a un olivo. Para entonces, las quemaduras del sol se confundían con las marcas del látigo, y muchos habían comenzado a beberse sus propios orines. Marco se preguntó si aún estaban lejos de su destino: en aquellas condiciones, la mayoría no podría soportar otra jornada más.

—Esta es la recompensa de Tiberio —masculló Annio—. El premio de ese bastardo a cambio de jugarnos la vida por él.

El menudo camarada de Annio se humedeció los labios con el sudor que le caía por el rostro, salpicado de marcas de viruela.

Tiempo atrás habían sido soldados, legionarios de la Novena. Hasta que se interpusieron en el camino de su legado, un ambicioso

noble que ansiaba enriquecerse gracias a la guerra cántabra. La situación se les fue de las manos cuando ordenó asesinarlos durante el transcurso de una misión y se les dio por muertos. Entonces, Tiberio Claudio Nerón les ofreció una posibilidad para vengarse, a cambio de matar a un líder insurgente. Y a pesar de haber cumplido con su misión, habían terminado de aquel modo.

Marco observó a Niñato. El muchacho, pálido, alto y desgarrado, se había cortado la planta del pie con una roca afilada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Apenas puedo caminar.

Era médico, sabía lo que eso significaba. Y también sabía qué les ocurría a quienes no podían aguantar la marcha. Annio y Marco tuvieron que cargar con él.

A medida que avanzaban hacia poniente, el paisaje se fue poblando de viñedos, olivares y campos de cultivo. Junto al camino, desde el interior de un conglomerado de miserables cabañas, unas criaturas famélicas los contemplaron en silencio. Vestidos con túnicas raídas y pieles sin curtir, muchos tenían el cabello rapado, y les habían tatuado el nombre de su dueño en la frente.

La hacienda se extendía por un amplio valle. Hacia el sur, en lo alto de un áspero cerro de roca volcánica, una enorme villa se erguía orgullosa sobre las míseras dependencias de la servidumbre. Durante un instante, los tres antiguos soldados pudieron sumergir el rostro en el abrevadero mientras el resto de los prisioneros trataba de abrirse paso entre ellos. El agua, tibia como un caldo y tan turbia que apenas se veía el fondo, tenía un amargo regusto a azufre. Al contemplarse reflejado en ella, Marco apenas se reconoció; la cicatriz que recorría su rostro en diagonal fue lo único familiar que encontró en él.

Empapó un jirón de túnica y se la dio a Niñato para que se lavara la herida. El joven esbozó un gesto de alivio. Los arrastraron hacia un conglomerado de cabañas en torno a un patio de tierra batida. Allí, un individuo pelirrojo se reunió con el líder de sus captores. Cejas depiladas, mandíbula fuerte y unos labios carnosos componían un rostro bermejo que surgía de la elegante túnica como la erupción de un volcán. Los ojos, verdes, con los párpados oscurecidos con carbón, los escrutaron con atención. Lo acompa-

ñaban un tipo enorme de piel oscura y media docena de guardi-  
nes.

Los dos grupos discutieron, mientras los prisioneros los obser-  
vaban con ansiedad. Por un momento, dio la impresión de que iban  
a regresar por donde habían venido. Entonces alguien sacó una  
bolsa y el jefe de sus captores la aceptó a regañadientes. Sin mediar  
palabra, la cuadrilla de matones que los había conducido hasta allí  
se marchó.

El pelirrojo se dirigió hacia ellos.

—Vuestras vidas ya no os pertenecen —les dijo—. A partir de  
ahora, seréis una propiedad hasta el día en que estéis muertos.

Uno de los cautivos, un tipo escuálido de aspecto apocado, se  
aproximó a él hasta que las cadenas le impidieron avanzar.

—Señor..., ha habido un error —aseguró, tratando de amorti-  
guar la sequedad de su garganta—. Mi esposa y yo somos ciudada-  
nos libres. Fuimos capturados por esos bandidos cuando viajábamos  
a Roma.

Señaló a una de las mujeres, mientras se estrujaba las manos con  
nerviosismo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el capataz.

—Lucio Hirtio Aquila, de la tribu quirina.

El pelirrojo hizo un gesto al gigante que iba con él. Su piel era  
oscura, casi negra, aunque las facciones, ocultas por una enmara-  
ñada barba, no poseían ningún rasgo africano. Su bastón giró en  
el aire. Hirtio Aquila cayó de bruces, tras recibir un brutal golpe;  
un reguero de sangre resbaló desde su nariz hasta empaparle la tú-  
nica.

—A partir de ahora te llamarás «Asno» —le dijo el capataz—.  
¿Lo has entendido, Asno?

El bastón crujió de nuevo al hundirse en sus costillas. Esta vez  
el enjuto individuo no pudo contener el llanto.

—¿Cuál es tu nombre, esclavo? —le preguntaron otra vez.

—Asno —respondió él, sollozando—. Me llamo Asno.

Se hallaban en un *ergastulum*, la cárcel donde se encerraba a los  
esclavos más conflictivos de un latifundio. Y aquel gigante de ébano  
era el *ergastularius*, el elegido por el amo para gobernarlo. Solo existía  
un modo para que el dueño depositara su confianza en un esclavo:

demostrar con creces que podía ser más brutal y despiadado con los cautivos de lo que jamás sería un hombre libre.

Pasaron la noche en un angosto corredor abovedado excavado en el suelo, al que accedieron a través de unas toscas escaleras. Apiñados y sumidos en una penumbra perpetua, solo interrumpida por unas minúsculas claraboyas, tuvieron que permanecer sentados, al no haber espacio para tumbarse.

—¡Yo no debería estar aquí! —gritó el flacucho—. ¡Todo esto es un error!

—Cállate, Asno —le dijo un tipo con canas y de acento osco—. ¿O es que crees que los demás estamos aquí de vacaciones?

El tipo se humedeció los labios antes de contestar:

—Tuvimos que abandonar nuestro hogar —aseguró, tratando de justificarse—. El año pasado la cosecha fue mala y apenas reservamos grano para la siembra. Pude vender algo en el foro, pero no lo suficiente para comprar las semillas.

Otro prisionero asentó:

—Te rompes la espalda hollando la parcela que tu padre ganó luchando en la Galia, pero no puedes sacar más de un sestercio por cada libra de aceite. A esos malditos latifundistas no les importa vender a ese precio, pues cuentan con cientos de esclavos a los que no tienen que pagar, a los que apenas tienen que alimentar...

—Sí —añadió el tipo canoso—. Como nosotros.

—Tuve que pedirle prestado a un terrateniente —prosiguió Asno—. Pensaba que podría devolverle el dinero. Pero este otoño apenas ha llovido, y tampoco en lo que va de primavera. La cosecha iba a ser peor, así que decidí venderle mis tierras; si descubría que estaba arruinado, me hubiera dado aún menos por ellas.

Nadie prestaba atención a sus palabras.

—Decidimos mudarnos a Roma. Esperábamos que, gracias a la generosidad de Augusto..., pero unos bandidos nos asaltaron en el camino. Nos lo robaron todo y hemos acabado aquí. —Se dejó caer hacia atrás, para apoyar la espalda en la pared—. Yo solo quería cultivar la tierra.

—Ahora te aburrirás de hacerlo —le dijo el canoso—. Solo que esta vez no será tuya.

Marco había oído cientos de historias como aquella; podría haber sido la de su propio padre. Cada año, millares de campesinos arruinados emigraban a la capital para malvivir a costa de las entregas de trigo del Estado, y tampoco faltaban los esclavos sin patrimonio que acababan de obtener la manumisión. Habían transcurrido 731 años desde la fundación de la urbe, y Augusto era el primer ciudadano de Roma. Su victoria sobre Marco Antonio y Cleopatra había supuesto la pacificación del Mediterráneo tras un siglo de cruentas guerras civiles, pero la paz y prosperidad que había prometido estaban aún muy lejos de llegar.

El oro y la plata extraídos en tres continentes se concentraban en Roma, donde se empleaban para sufragar todo lo que su millón de habitantes necesitaba. Los barcos que remontaban el Tíber arribaban cargados de ánforas de vino y aceite, sacos de cereal, madera para construir enormes bloques de viviendas y mármol para los templos. En el foro se vendían toda clase de productos de lujo traídos desde Oriente: seda india, especias de Arabia o mirra etíope. Allí, el dinero pasaba de mano en mano o se dilapidaba en las fiestas de las suntuosas mansiones, y las vías de toda Italia eran recorridas a diario por cientos de desposeídos que ansiaban alimentarse de las sobras de aquel festín; en caso de que jamás alcanzasen su destino, nadie los echaría en falta. Para mantener los latifundios, Italia debía importar más de cien mil esclavos al año; con seis millones de habitantes, la tercera parte de su población era esclava, y las necesidades de mano de obra no dejaban de aumentar.

Todo cuadraba con lo que esperaba encontrar allí.

—¿Creéis que volveré a ver a mi mujer?

—Olvídate de eso, Asno —le dijo el tipo canoso—. A estas horas se la estará tirando el capataz. Si cierras la boca, tal vez puedas oír sus gritos.

A pesar del cansancio, Marco se mantuvo despierto hasta la segunda vigilia. Los lamentos que llegaban desde más allá del corredor lo ayudaron.

Pronto se acostumbraron a aquella rutina. Cada mañana, una columna de famélicos prisioneros se arrastraba hacia el exterior, como

un gigantesco hormiguero, para que el capataz les expusiera las labores del día. Mientras tanto, arrojaban al vertedero los cadáveres de los que no habían sobrevivido a la noche.

La hacienda poseía viñedos y olivares, además de campos de trigo y pastizales para el ganado, aunque la mayor parte de ella se dedicaba al centeno. Eran las calendas de marzo y aún estaba lejos la cosecha, la trilla o el prensado de la uva y el aceite, pero había que atender a los hornos para cocer el pan, además de dedicarse a lo más duro de todo: hacer girar las muelas del molino desde el amanecer hasta la puesta de sol.

—Debéis construir una presa —les dijo el capataz.

Sus compañeros de decuria eran un par de prisioneros de guerra, un viejo llamado Hilario, un muchacho de rizos, Asno y aquel tipo osco y canoso, cuyo nombre era Fides. Era obvio que el capataz lo había elegido para dirigir aquella cuadrilla a causa de su actitud aduladora y servil hacia él, aunque también, que lo despreciaba por ello.

Debían clavar dos hileras de troncos que atravesarían el río hasta formar un enorme cajón estanco. Una vez desecado el interior, construirían los muros del dique.

—Formaremos dos grupos —les dijo Fides—. Vosotros comenzaréis desde aquí. Nosotros lo haremos desde la otra orilla.

Marco recogió una pala. A pesar de su corpulencia, tuvo que emplear todo su peso para hundirla en el suelo. El invierno apenas había traído lluvias, y la primavera estaba resultando igual de seca; la tierra tenía la consistencia de una roca. Pasaron buena parte de la mañana excavando aquella zanja de tres pies de profundidad para construir una doble empalizada. Cuando ya habían alcanzado una docena de pasos, abandonaron sus herramientas y otearon la campiña a su alrededor.

—No hay nadie a la vista —dijo Annio.

Se dispersaron por las inmediaciones. La falta de alimento los obligaba a dedicar varias horas al día a buscar algo que llevarse a la boca. Las cuadrillas de matones no podían evitar que engulleran buena parte de las semillas destinadas a la siembra, o aquello que cosechaban. Si los descubrían, los azotarían, lo cual los haría aún más inútiles para el trabajo, pero a esas alturas todos temían mucho

más al hambre que al látigo. Marco recordó que los tratados de agricultura consideraban aquellos hurtos y ausencias algo inherente a la bajeza moral del esclavo, y se vio atrapado en una realidad caprichosa y absurda; en manos de hombres libres, aquella hacienda se convertiría en un vergel.

Rebuscó entre unos arbustos. Había trenzado un cordel con la fibra de sus sandalias de esparto, con el que más tarde elaboró un pequeño lazo para cazar pájaros. Descubrió atrapado a un pequeño petirrojo. Annio capturó par de pececillos del río, y Niñato, que había leído infinidad de tratados de plantas, traía consigo un puñado de bayas silvestres.

De regreso a las obras, se dispusieron a devorarlo todo con avidez. Un muchacho de cabello rizado, llamado Felix, no dejaba de parlotear mientras masticaba un manojo de raíces.

—Yo antes era aprendiz de repostero. Si logro ganarme la confianza del capataz, tal vez pueda trabajar en el servicio doméstico. ¿Os lo imagináis? Dormir bajo un auténtico techo, vestir ropa limpia y, de vez en cuando, disfrutar de una mujer...

Entonces, el prisionero que se encontraba a su lado empezó a gritar de dolor. Cayó al suelo, encogiéndose sobre sí mismo, con las manos al vientre:

—¡Me arden! ¡Dioses, me arden!

Niñato corrió hacia él y observó sus extremidades, ajadas y ennegrecidas: apestaban a carne corrompida, y el prisionero sufría convulsiones.

—Gangrena —murmuró—. No puedo hacer nada por él.

Los demás habían formado un círculo en torno al enfermo. Hilario se inclinó sobre él, lo aferró por el cuello de la túnica y lo zarandeó con fuerza.

—Has estado en la casa, ¿verdad? —le preguntó—. ¡Maldito estúpido! Te dije que, aunque te murieras de hambre, no comieses nada de lo que hallaras allí.

El muchacho gimoteaba, con las manos ocultas bajo las axilas.

—¿Qué le ocurre? —interrogó Marco—. Ayer dijo que las tenía heladas.

—Es la maldición del amo —aseguró Hilario, mientras tocaba el suelo con la palma de la mano; un gesto inconsciente para apa-

ciguar al señor del Hades—. Desde hace un año, todos los que trabajan en la casa enferman.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—Los envían a los almacenes, y cargan sacos de grano en los carros. Una vez allí, el fuego del Tártaro los consume por dentro. Ese lugar está maldito.

Hicieron gestos contra el mal de ojo. Marco se giró hacia la villa, asentada en lo alto de unas ajadas peñas de roca oscura, visible desde toda la hacienda, como una amenaza constante. Cada mañana, los guardianes sacaban a rastras algún cadáver del corredor en el que dormían. La mayoría había muerto de aquella extraña enfermedad, aquejados de convulsiones mientras se les pudrían los miembros.

Annio lo asió del brazo y lo arrastró a un lado.

—Aun así, hay que encontrar un modo de llegar a ella —le dijo en voz baja.

Estudiaron el progreso de las obras. Como había imaginado, Fides dirigía los trabajos con tanta arrogancia como ineptitud. Habían comenzado a trabajar divididos en dos grupos, sin haber realizado ninguna clase de medición previa, así que era una simple cuestión de azar que las dos empalizadas formaran una línea recta y estuvieran en el centro. No hacía falta saber de agrimensura; un simple cordel habría bastado.

—Si no lo logramos, habrá que empezar de nuevo.

Marco recogió dos listones de madera del suelo y los unió por el centro, formando un ángulo recto. Ató cuatro piedras en los extremos de aquella cruceta para que hicieran de nivel y la colocó sobre un mango de azada. Niñato y Annio escogieron un par de varas rectas y se encaminaron hacia el arroyo. La precisión de aquella improvisada *groma* dejaba mucho que desear, pero serviría para definir la perpendicular al río. El resto de los esclavos se aproximaron a él con curiosidad.

—¿Fuiste arquitecto? —le preguntó Felix.

—Tal vez aprendió en el ejército —dijo un bárbaro de compleción fibrosa, cabello largo y nariz aguileña. Bajo su barba destacaba una barbilla alargada que colgaba de su rostro de pómulos hundidos como una estalactita. Hasta entonces, Marco apenas le había prestado atención.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Marco.

—Por vuestras cáligas —respondió él, antes de darles la espalda.

Al bajar la vista, Marco descubrió marcas de sol en los pies con el contorno propio del calzado militar que había llevado durante años.

—Es uno de los prisioneros de guerra cántabros —masculló Annio en su oído—. Hay que andarse con ojo. Si se corre la voz de que fuimos legionarios, son capaces de estrangularnos mientras dormimos.

Aquel bárbaro les había hecho recordar los motivos por los que se encontraban allí. Una voz familiar resonó tras ellos:

—¡Dejad de perder el tiempo!

En los últimos días, Marco había llegado a la conclusión de que, para Fides, pensar siempre resultaba una pérdida de tiempo. No le faltaban motivos para creerlo. A su lado, rodeado por una recua de matones, el capataz los observaba con curiosidad, con la mirada fija en la tosca *groma* que sostenía en las manos. El *ergastularius* se disponía a golpearlo, pero su superior lo detuvo con un gesto:

—¿Sabes algo de arquitectura?

En un primer momento, Marco no supo qué responder. Reconocer que no había sido un simple campesino resultaba arriesgado, aunque fuese el único modo de abandonar aquel agujero.

—Sí —contestó.

—Entonces acompañadme —dijo a toda la decuria—. Tengo una misión para vosotros.

Los esclavos recogieron sus herramientas del suelo y dedicaron a Marco un vago gesto de gratitud. Por primera vez desde hacía días, se mostraban contentos. Cargada de odio, la mirada de Fides permanecía fija en él.

—Parece que hemos logrado un ascenso —soltó Annio, con el zapapico al hombro.

El capataz los condujo hacia la cima donde se asentaba la casa. Marco sabía que cualquier cambio en su situación solo podía ser para mejor, y, sin embargo, su instinto le decía que debían mantenerse alerta. Había que añadir dos nuevas preocupaciones a la lista: el odio de Fides hacia él y el hecho de que se extendiera el rumor

de que habían sido legionarios, en cuyo caso su vida no valdría nada.

A ambos lados del camino, unas enormes cruces de madera se recortaban contra el cielo. De ellas colgaban varios cuerpos sin vida, como las presas de un gigantesco alcaudón. Arrastrado por la brisa, les alcanzó el hedor de la carne corrompida. El sol había desfigurado aquellos rostros hasta convertirlos en calaveras cubiertas por una máscara de piel cuarteada. Por un momento, solo oyeron el zumbido de las moscas que entraban y salían de sus bocas entreabiertas. Entonces uno de los cadáveres balbució algo y los esclavos apretaron el paso, sin atreverse a mirarlo, mientras hacían gestos contra los lémures, las almas que vagaban errantes para atormentar a los vivos.

La cumbre era un páramo de cenizas y azufre. El calor de las profundidades de la tierra surgía de entre las grietas que vomitaban un vapor asfixiante. Se hallaban en las últimas estribaciones de los campos Flégreos, al noroeste de la bahía de Neápolis. No muy lejos de allí se encontraba el lago Averno, considerado una de las entradas al Hades.

Llegaron hasta las puertas de una suntuosa villa. La rodeaban unos muros altos como los de una fortaleza, con todas las estancias orientadas hacia el patio y el peristilo; la fachada era sobria e imponente. Atravesaron las fauces de aquella antigua construcción de roca volcánica y hormigón de puzolana, a la que las reformas habían convertido en el palacio de un déspota oriental. En el patio porticado, silencioso como un cementerio, un ejército de estatuas se erguía entre un vergel sin que el paso del tiempo lograra hacer mella en ellas. Su pintura permanecía intacta, ajena a la acción del sol y de la lluvia, de una forma antinatural; ni siquiera la hiedra se atrevía a trepar por sus pedestales. Zeus, con la forma de toro, violaba a Europa; a su lado, Saturno devoraba a sus hijos. Bajo el pórtico, una siniestra figura los observaba desde su trono.

Marco se sintió atraído por aquella imagen; rara vez se representaba al señor del Hades. Jamás se pronunciaba su nombre, por miedo a despertar su cólera; por ello se le aludía mediante eufemismos. El más corriente era Plutón, el Rico, nombre que recibía por las inagotables riquezas que albergaba la tierra.

—No puede ser —murmuró al acercarse.

No se trataba de bronce o travertino, ni tan siquiera de algún exótico mármol del Egeo: era una escultura crisoelefantina de ébano, oro y marfil con incrustaciones de amatista, realizada en el hierático estilo arcaico. Una obra maestra de cinco siglos de antigüedad, sin duda expoliada de algún templo griego. A su lado, la hornacina destinada a las imágenes de los lares y penates estaba vacía; los espíritus protectores del hogar habían abandonado aquella casa, para dejar tras de sí una hermosa carcasa sin vida.

—Pertenece al hermano del amo —aseguró Hilario—. Dicen que él mismo lo delató durante las proscripciones. Ordenó que torturaran a sus esclavos, durante días, hasta que logró arrancarles una declaración inculpatoria. Hizo que emplearan las «cuerdas de lira» con su propia ama de cría; con una sonrisa en los labios, contempló cómo desmembraban a la mujer que lo había amantado.

Atravesaron aquel laberinto de figuras atormentadas en dirección a unos baños construidos sobre unas fuentes termales. La sequía no había impedido que el amo llenara el estanque, aunque supusiera dejar sin agua a la servidumbre. Más allá de aquel soberbio edificio de mármol, una docena de carpinteros y albañiles trabajaba en la ampliación de los almacenes. El capataz se dispuso a hablar con ellos. De sus rostros morenos cubiertos de polvo surgieron turbias miradas de resentimiento.

Uno de ellos escupió a Marco en la cara.

—Fuera de mi vista —le espetó el obrero. Sus manos, ajadas y encallecidas por el trabajo, se alzaron, crispadas.

Dos hombres lo sujetaron de los brazos para separarlos.

—¡Llevo veinte años en el oficio! —aulló el albañil—. ¿Quién va a alimentar ahora a mi familia?

Uno de sus compañeros tomó su rostro entre las manos, para decirle algo en voz baja. Él no dejaba de mirarlos con odio. Mientras lo arrastraban hacia la salida, alzó de nuevo la voz:

—¡Todo esto es por vuestra culpa! —gritó con rabia—. ¡Malditos esclavos...!

La decuria permaneció en silencio, con la mirada perdida en el suelo. El capataz se presentó ante ellos.

—Debéis terminar los almacenes —dijo—. El amo regresará pronto; si las obras no están concluidas, se enfurecerá.

Los cuatro años que Marco había estado en la Novena Legión lo habían llevado de guerra en guerra. Durante ese tiempo, había presenciado toda clase de atrocidades: hombres a los que se les amputaban las manos para que jamás volvieran a empuñar un arma, mujeres violadas junto a sus hijas, prisioneros agonizando durante días en la cruz. Creía conocer el miedo, la angustia y la desesperación en toda su enorme y retorcida variedad de formas. Pero jamás había presenciado una expresión de horror semejante a la de aquellos esclavos al oír hablar de su amo.

No fue una labor difícil, aunque sí pesada. Los bloques de piedra se amontonaban en el patio, y debían cargar con ellos hasta el andamiaje de troncos apoyado en los muros en construcción. Una cuadrilla de esclavos mezclaba la ceniza volcánica extraída de la sierra con cal, en una proporción de dos a uno, y le añadían agua para obtener el mortero; mezclado con piedras, servía de relleno entre los dos paramentos de mampostería. No había carros ni grúas, solo una sencilla polea, por lo que todo debía portarse en cubos hasta aquella sobria construcción de ciento treinta pies.

Parecía que de un momento a otro Hilario iba a vomitar los pulmones. A pesar de su edad trabajaba con una determinación enfermiza. Sin duda, su mayor miedo era dejar de serle útil al amo, pues entonces sería sacrificado como un animal.

A veinte pasos, en el borde del desnivel donde moría la cumbre, otro almacén permanecía cerrado a cal y canto; por lo visto, contenía el cereal cosechado el año anterior. Desde lo alto del andamio, los tres antiguos soldados vieron pasar una docena de carros cargados de sacos.

—Ese camino conduce a Puteoli —dijo Marco. Era el principal puerto de llegada de mercancías a Roma.

—Es extraño —masculló Annio.

—¿El qué?

—Lo que se siembra en la hacienda. —Su compañero se había criado en una granja—. Lo que se supone que guardan esos almacenes. El amo construye diques para anegar las vegas próximas al río y en ellas cultiva centeno. Ese cereal no necesita tanta agua, y

resulta muy poco rentable, pues solo sirve para alimentar al ganado. A pesar de la sequía, esa tierra es fértil. Si cultivase olivo o vid, obtendría muchos más beneficios.

—Debemos descubrir qué hay en ese granero.

Marco observó a una pareja de guardianes sentados a la sombra y descendió por la escalera para encaminarse hacia el otro almacén. Ató un extremo de un cordel a la base del muro, para fingir que tomaba unas medidas, y quedó oculto de su vista. Apretó el paso hasta situarse frente al portalón del granero. Estaba cerrado con llave. Escudriñó el interior por un resquicio de madera, pero no pudo ver nada.

Una sirvienta les trajo un par de ollas con comida. Los prisioneros formaron una cola frente a ella, ansiosos por llevarse algo a la boca. Marco tuvo que unirse a ellos; de lo contrario habría despertado sospechas.

—La comida del amo —anunció la criada, recitando una frase aprendida. La sencilla túnica de lino ocultaba un cuerpo menudo que todos miraron con ansiedad. La mayoría hacía meses que no veía a una mujer.

Felix le entregó un cuenco de madera que ella le devolvió con gachas, higos secos y una miserable porción de queso. A Marco le sirvió una ración de *pulmentarium*, un puré de aceitunas y manzanas secas mezcladas con aceite y vinagre: el fruto de su miserable ascenso. Al descubrir las ávidas miradas que el resto dirigía al contenido de su plato, comprendió su finalidad; todos serían capaces de delatar a cualquiera a cambio de un pedazo de tocino.

—Cuando trabaje en las cocinas —aseguraba Felix, sin dejar de masticar—, podré comer hasta hartarme...

Marco sintió un codazo en el costado y Annio le hizo un gesto: la criada había servido a Asno una generosa ración de gachas, y, por un momento, sus manos se estrecharon. Supo que se trataba de su esposa, de la que lo habían separado días atrás. No fueron los únicos en darse cuenta. Fides se levantó y, tras derribar a Asno de un empujón, aferró a la mujer del brazo.

—¿Qué tienes ahí?

Apretó su muñeca con fuerza hasta obligarla a abrir el puño donde ocultaba un trozo de corteza de sauce, con unas letras gara-

bateadas. Fides tiró de ella hasta que sus cuerpos casi quedaron pegados; la mujer lo golpeó con el cazo de hierro que aún tenía en las manos. De la brecha en la frente comenzó a manar sangre.

—¡Maldita zorra!

Los ojos de Fides parecían salirse de las órbitas. Ella, aterrorizada, no pudo articular palabra. Niñato dejó a un lado su comida, dispuesto a levantarse. Annio lo sujetó del hombro para detenerlo.

—¿Estás mal de la cabeza? —le espetó en voz baja.

El joven lanzó una mirada a Marco, en busca de apoyo, tal y como habría hecho en el pasado. Pero él bajo la vista: sabía que, si se interponía una vez más en el camino de Fides, podría perder su *pulmentarium*.

Tenía hambre. No era algo nuevo para él. Se había criado en la Suburra, el peor barrio de Roma, y durante el bloqueo naval de Sexto Pompeyo, que hizo imposible la llegada de alimentos a la capital, incluso se alimentaron de ratas. Pero ahora una atroz ansiedad se había adueñado de su voluntad, de modo que todos sus pensamientos giraban en torno a satisfacer un único deseo, y, para ello, cualquier otra consideración era desterrada. Al descubrir en qué se había convertido al cabo de tan solo seis días de cautiverio, Marco sintió un hondo desprecio por sí mismo.

—¿Qué está pasando? —El capataz se dirigía hacia ellos con decisión, acompañado por el *ergastularius*.

Al observar aquellas hermosas facciones arruinadas en la pubertad, Marco pudo imaginar cómo había podido ganarse la confianza de su dueño; esa clase de confianza que solo se adquiere con el culo en pompa y la cara hundida en la almohada.

—He descubierto a estos dos planeando una cita —dijo Fides.

—¡Eso no es cierto! —protestó la mujer.

Fides entregó al capataz el mensaje que le había arrebatado. Mientras lo leía, su expresión permaneció inmutable, como la de un retrato pintado. Al cabo, sus ojos crueles se alzaron hacia ella. Asno se interpuso entre ambos.

—Mi señor, yo solo...

Cuando el capataz dio un paso al frente, la frase murió en sus labios. Los esclavos se congregaron a su alrededor, atentos a lo que iba a suceder.

—¿Cuál ha sido tu trabajo aquí? —preguntó el pelirrojo.

—Cargar piedras para construir el muro —respondió Asno, desconcertado.

—Es decir, transportas cosas de un sitio a otro —concluyó el capataz—. ¿Y qué otros animales tenemos para desempeñar esa misma labor?

—Mulas —respondió Asno, tragando saliva—, y también bueyes.

—¿Y sabes qué tienen en común?

Asno cabeceó una negativa. El *ergastularius* le aferró la entrepierna por encima de la túnica.

—Las mulas son estériles —le dijo el pelirrojo entre dientes—. Y a los bueyes se les cortan sus atributos, para convertirlos en simples bestias de carga.

El *ergastularius* dio un fuerte tirón hacia abajo, como un ratero al robar una bolsa de monedas. El aullido de Asno resonó en todo el patio.

—Como vuelvas a poner tus ojos sobre ella, haré que te castren con un cuchillo mellado —dijo el capataz en voz alta, para que todos pudieran oírlo—. ¿Me has entendido?

Con el rostro congestionado por el dolor y las manos aferrando su ingle, Asno solo pudo murmurar un asentimiento.

—Encerradlo —ordenó el pelirrojo—. El amo decidirá qué hacer con él.

La mujer trató de impedir que los matones se llevaran a Asno a una celda de castigo. El capataz la empujó para entregársela a Fides:

—A partir de ahora, él será tu esposo.

Fides la sujetó por el brazo para arrastrarla hasta una de las estancias, mientras conducían a Asno a una oscura sima con las paredes cubiertas de sales de azufre, donde el aire era vapor venenoso y el calor resultaba asfixiante.

Anochece, y el resto de la decuria atravesó el portón de la vivienda para regresar al *ergastulum*.

La esclavitud había creado una sociedad dentro de la sociedad, regida por sus propias normas y jerarquías. Un simple jornalero podía ascender al servicio doméstico, y entonces el amo le entregaba una mujer para su disfrute. De este modo, cualquier unión entre hombre y mujer se convertía en un obsequio del amo, aunque

el precio que había que pagar fuera la condena de su descendencia a la peor de las servidumbres.

El capataz era mucho más que el esclavo que dirigía la hacienda durante la ausencia del amo. Era el portavoz del tiránico dios que ahora regía su existencia; un ser todopoderoso que había creado para ellos un Tártaro en el interior de aquella sima y un Elíseo en lo alto de la colina.

Se sentaron en un oscuro corredor del *ergastulum*. Marco, Niñato y Annio apoyaron la espalda en la pared para descansar. Cada vez había más espacio; todas las mañanas retiraban algún cadáver. A media docena de pasos, los cántabros no dejaban de observarlos.

—Tres turnos de guardia —dijo Marco a sus camaradas.

Niñato haría la primera vigilia. Al fin él pudo cerrar los ojos. Estaba agotado.

Volvió a ser un niño, aquella tarde en la que su madre le entregó una estola para que se la llevara a un cliente. Una vez más, bajó las escaleras del miserable bloque de viviendas en que vivían para salir a la calle y se adentró en el laberinto de callejones que formaba la Suburra, una montaña de edificios en ruinas que se extendía por la insalubre vaguada situada a los pies del monte Esquilino, el Viminal y el Quirinal, hogar de inmigrantes, prófugos, prostitutas y fueras de la ley.

Se encontró ante un borracho que gritaba bajo una ventana con una jarra en la mano. No tuvo más remedio que pasar junto a él.

Marco sabía lo que iba a pasar, pero no podía hacer nada para evitarlo. Le hizo una pregunta. Sintió que algo desgarraba su rostro y perdió la consciencia.

Tac-tac-toc-toc.

Tac-tac-toc-toc.

Pasó meses entrenándose con una espada de madera. Golpeaba aquel poste de encina que había hallado en un vertedero. Poco a poco, su brazo fue cobrando vigor. Ya no sentía miedo.

Se hizo de noche. A contraluz, una amenazadora figura, con el rostro en penumbra, lo miraba. No recordaba su cara, pero sabía que era él. Algún resorte de su mente lo identificaba, sin necesidad

de distinguir sus facciones. En el fondo sabía que no era el borracho que lo había desfigurado; sin embargo, los rasgos de ambos se fundieron hasta formar un único rostro.

Caos. Confusión. Una sucesión de golpes en la oscuridad. De pronto se encontró ante un enorme cuerpo tendido sobre el suelo de una pequeña plaza. Él parecía asustado y una estaca de fresno en la mano le otorgaba una embriagadora sensación de poder.

Se ensañó con el cadáver hasta que sus facciones se convirtieron en un amasijo de carne. Su rabia se desvanecía a cada golpe; por ello, lo apaleó con una cadencia enfermiza hasta que logró conjurar todo su miedo e impotencia. Se detuvo, jadeando, satisfecho. Y observó sus manos, manchadas de sangre, llenas de cicatrices, incapaces de sostener un cálamo. A su lado estaba Fanio Cepión, el legado, riéndose de él: «*No somos tan distintos*».

Las carcajadas resonaban en su mente. Sabía que solo era un sueño, una amalgama inconexa de recuerdos, pero eso no lo hacía menos real. Marco abrió los ojos y buscó a tientas la espada que le colgaba de la cintura. No dio con ella. Estaba de nuevo en el *ergastulum*. Jadeaba.

Se frotó los ojos. A los seis años había rogado a su madre que lo llevara a las *feriae latinae* del monte Albano. Con la vista fija en el telar, ella le contestó que no podía dejar su trabajo. Aquella misma noche, Marco soñó que participaba en el banquete y comía la carne de los sacrificios en la montaña sagrada.

Dicen que debemos luchar por alcanzar nuestros sueños. Pero solo son un regalo que nos otorga Morfeo, en un lugar donde se cumple todo aquello que la realidad nos niega. Aun así, sirven para mostrarnos nuestros más recónditos deseos; desde hacía tiempo, Marco solo conocía pesadillas como aquella.

Se secó el sudor de la frente con el antebrazo y pasó las yemas de los dedos sobre la cicatriz que atravesaba su rostro. Sabía que, en algún lugar, se encontraba el hombre que le había hecho aquello. Bajo el mismo sol, respirando el mismo aire que él. En el Campo de Marte, había aporreado el poste de entrenamiento como si cada golpe fuera dirigido contra él. Con el tiempo, lo había olvidado; ahora había regresado.

¿Estaba proyectando toda su rabia sobre Fanio Cepión al igual que en su día lo hizo con aquel hombre?

Al alzar la vista, descubrió al prisionero cántabro mirándolo. Ahogó una carcajada.

—¿Esto te divierte? —preguntó el hispano, en un razonable latín.

—Solo me preguntaba qué haces aquí —respondió, sarcástico—. No es frecuente ver a alguien de tu pueblo en sitios como este.

Recordó la bolsa de veneno que los bárbaros del norte de Hispania siempre portaban al cinto, para usarlo llegado el caso. No era fácil capturar a un guerrero con vida; incluso las madres negaban a sus hijos aquel destino.

—El año pasado ofrecimos trigo a Lucio Emilio —dijo el cántabro—. Era nuestro tributo anual, pero en su lugar preparamos una emboscada. Caímos sobre aquella cohorte como lobos y no dejamos a nadie con vida. Luego nos refugiamos en las montañas. Cuando regresamos al poblado, lo habían arrasado. Mi mujer e hijos colgaban de las vigas de nuestra cabaña calcinada. Poco después, me capturaron.

Según el *ius gentium*, la «ley de las naciones», los prisioneros de guerra pasaban a ser propiedad del vencedor por derecho de conquista, al haberse rendido, en lugar de cumplir con la obligación de morir empuñando las armas. De este modo, la esclavitud no era más que una muerte aplazada; la de aquel que ha renunciado a morir. A partir de ese momento, se convertía en un esclavo, pero no de su dueño, sino de su propio instinto de supervivencia.

—Pensé en quitarme la vida, pero decidí esperar —añadió el cántabro, interpretando su expresión—. No quería reunirme con mi familia sin haberlos vengado.

—¿De quién?

La mirada del cántabro le dijo que eso no le importaba. Deseaba matar a alguien. A cualquiera, con tal de ahogar su rabia y poder sentirse en paz.

La puerta del corredor se abrió con un estridente chirrido y el *ergastularius* los despertó con un látigo en la mano.

—¡En pie! —gritó—. ¡Todos en pie!

Aún no había amanecido. Tanto el capataz como sus ayudantes parecían presos de una agitación que rayaba en el pánico. Cuando los condujeron al patio, se dio cuenta de que habían reunido a los peones de la hacienda; a todos excepto a los más veteranos. Asno,

arrodillado, respiraba con dificultad. También habían traído a Fides y a buena parte de las mujeres. Resultaba anómalo, y a lo largo de los últimos días Marco había aprendido a desconfiar de cualquier novedad en su rutina.

—Por lo visto, han recibido un soplo —le dijo Niñato, tras hablar con uno de los esclavos domésticos—. El cuestor está haciendo una inspección por los latifundios de Campania.

El capataz había decidido deshacerse de ellos, para eliminar cualquier prueba de su procedencia ilegal. Marco se preguntó de qué modo pretendía hacerlo. Ninguna de las respuestas resultaba alentadora.

Los llevaron encadenados por una pedregosa senda que desembocaba en una vía más transitada, hacia poniente. A ambos lados de la calzada había pequeñas granjas de aspecto próspero, huertas en torno a los arroyos y viñedos que ascendían hasta la parte alta de las colinas. Las vides crecían sobre los troncos de álamos y olmos, o en estacas clavadas en aquella oscura tierra semejante a ceniza. Campania Felix. Sin duda, aquella fértil región era la más afortunada de Italia, aunque aquellos que trabajaban en ella no pensaban lo mismo.

Los guardias los obligaron a hacerse a un lado para dejar paso a un lujoso carruaje de cedro tingitano con incrustaciones de marfil. Una niña asomó de entre las cortinas para arrojarles un pedazo de fruta. Algunos esclavos saltaron a la calzada para disputársela y el *ergastularius* los forzó a reunirse con el resto a latigazos. A lo lejos, resonó una risa infantil.

—Según los filósofos estoicos debemos olvidarnos de nuestras circunstancias, pues son incontrolables —aseguró Niñato—. La única libertad que importa es la del espíritu: sin sabiduría, ningún hombre es realmente libre.

—Me gustaría ver a esos barbudos meapilas aquí —le espetó Annio.

Marcharon en dirección sur. Hacia el este, se erguía una enorme montaña cónica: era el Mons Vesuvius, lugar sagrado de Hércules. Un miliario los informó de que aquella era la vía Campana, que atravesaba los campos Flégreos desde la ciudad de Capua hasta Puteoli. El vuelo de las gaviotas sobre sus cabezas evidenciaba la proximidad del mar.

Cuando llegaron a su destino, ya estaba anocheciendo.

En lo alto de un promontorio incrustado entre dos playas, Puteoli constituía un enorme cúmulo multicolor de edificios y viviendas. Junto a Bizancio, Éfeso, Delos y la misma Roma, aquella ciudad de doscientos mil habitantes poseía el mercado de esclavos más importante del mundo romano. Atravesaron el paseo marítimo, que desembocaba en un enorme espigón, hasta llegar a un edificio de ladrillo pintado de estridentes colores.

—Una casa de subastas —masculló Annio.

Desfilaron ante una sucesión de cubículos que hacían las veces de oficinas y los amontonaron en un angosto patio de la parte trasera, junto a cientos de esclavos. Un tipo grueso vestido de forma ostentosa inspeccionó su aspecto, acompañado de una pareja de muchachas. A los más demacrados les aplicaron resina de terebintos en la piel. Al resto les entregaron un cuenco con gachas. Famosos por su avaricia y falta de escrúpulos, los mercaderes de esclavos conocían infinidad de trucos para mejorar la apariencia de su mercancía. Se imitaba el rubor del ejercicio mediante tinte rojo y se cubrían con maquillaje las cicatrices e imperfecciones. Para rejuvenecer a los muchachos se empleaban depilatorios preparados con sangre, hígado y hiel de atún. Incluso se recurría a la castración para evitar que la pubertad arruinara el aspecto de un joven hermoso; un arte propio del oficio.

Antes de irse, el mercader les echó un último vistazo, con el ceño fruncido. Los alojaron en celdas, separados por sexos. Cansado por todo un día de marcha, Marco se recostó sobre un montón de paja y se rindió al sueño.

Lo despertó el bullicio de la mañana. Tras un parco desayuno, el capataz y sus hombres los arrastraron hasta el pórtico interior. Sobre el mugriento suelo enlosado habían construido varias plataformas de madera para exponer la mercancía; unos toldos colgados de la fachada protegían del sol al público que abarrotaba aquel angosto recinto. Las paredes estaban recubiertas por carteles que elogiaban los productos de cada tratante; sobre ellos, algunos clientes insatisfechos habían garabateado advertencias.

Docenas de vendedores ambulantes anunciaban a voz en grito sus productos. Los mendigos trataban de abrirse paso entre la co-

mitiva de los adinerados terratenientes en busca de mano de obra para sus latifundios. Matronas deseosas de ampliar su servicio doméstico; proxenetas evaluando su próxima inversión (la belleza de un adolescente imberbe pronto se echaba a perder, por lo que debían renovar constantemente su oferta).

—Fíjate en este joven egipcio —dijo alguien a su lado—: puede ser tuyo por tan solo ocho mil sestericios. Hará cualquier cosa que le pidas, es arcilla húmeda en tus manos.

Les asaltó el olor a humanidad en todas sus variantes y formas; desde el rancio sudor de los peones de granja vestidos con raídas túnicas hasta el perfume de las cortesanas envueltas en seda india. El constante bullicio del público, apiñado en torno a las plataformas, que empujaba y discutía entre sí. Y sobre todo la excitación del dinero. Al contrario que una parcela de tierra, aquel era un patrimonio fungible, una apuesta arriesgada. Unas fiebres podían arruinar al inversor más experto o hacer rico a cualquier incauto, de la noche a la mañana.

—Nada me fuerza a vender —aseguró un mercader—. No soy rico, pero tampoco estoy en deuda con nadie. Ninguno de los demás te haría este precio, y yo no le haría este favor a cualquiera.

En un corral, llevaron a las mujeres y a los niños a rastras hacia otro patio. De ese modo separaron a madres de hijos, a maridos de esposas, sin importar el lote. A Marco lo llevaron a empujones hasta una tarima y le colgaron una cartela del cuello. Tuvo que desnudarse para que lo inspeccionaran: el subastador lo zarandeó, a la espera de cualquier gesto violento.

—Tiene una cicatriz en la cara —masculló—. ¿Se ha fugado alguna vez?

—Jamás —aseguró el capataz—. Es dócil, trabajador y digno de toda confianza.

El subastador se encogió de hombros, escéptico, y abrió la boca de Marco para comprobar el número de dientes. Le palpó las amígdalas y agitó una mano frente a sus ojos para asegurarse de que no bizqueaba ni era corto de vista.

Entonces Marco vio llegar a un individuo imponente, rodeado por una comitiva que se abría paso entre el tumulto con la disciplina de un ejército. De cuerpo compacto y cabello oscuro, el físico y la

indumentaria de aquel senador resultaban disonantes: el rostro austero no armonizaba con la elegante toga. Era un aristócrata surgido del más descabellado sueño de Catón, la sublimación de los antiguos valores romanos. Daba la impresión de que, al igual que Cincinato, en cualquier momento se despojaría de la toga para regresar a las labores de campo. Su escolta parecía formada por gladiadores.

Una atractiva mujer caminaba a su lado. El parasol de seda le teñía el rostro de azul, y en él destacaba una nariz afilada. Las caderas oscilaban caprichosamente a cada paso bajo su *palla* de brocado de seda. Por un instante, sus ojos verdes, con los párpados cubiertos con polvo de amatista, se entrecerraron para escrutar a Marco. No pudo evitar fijar la vista en ella, tras pasar siete días entre esclavos famélicos apestando a sudor.

El *ergastularius* lo golpeó en la cabeza con su bastón, y Marco tuvo que bajar la vista. Intuyó la cínica sonrisa que brotaba de aquel altivo rostro; la travesura de una niña caprichosa, irritada y al mismo tiempo halagada por su atrevimiento.

—Lucio Licinio Varrón Murena y su hermana Terencia —les dijo el capataz—, es un honor teneros aquí.

El senador observó a los cautivos; su frente arrugada dejaba patente su desagrado.

—Están famélicos. —Escupió cada sílaba a medida que se le formaba en la boca.

—Necesitabas cuarenta hombres y aquí los tienes —respondió el pelirrojo.

—Hablaba de prisioneros de guerra, no de peones de granja —especificó Varrón Murena—. Busco algo digno de los funerales de mi hermano.

—Hay varios guerreros entre ellos —insistió el capataz—. Son cántabros, pueblo famoso por su valor.

La mirada de Varrón Murena deambuló entre los hispanos, que le devolvieron el escrutinio con arrogancia.

—Está bien —dijo, y se situó frente a la plataforma de madera, mientras conducían a Annio hasta ella.

—Aquí tenemos al primero —anunció el responsable de la subasta—. Partimos de diez denarios como precio de salida.

Varrón Murena alzó su mano derecha.

—¿Alguien ofrece más? —El subastador recorrió el patio con la mirada; el público había enmudecido, pues la mayoría había decidido marcharse—. Está bien, ese será el precio de venta.

—¿Diez denarios? —le espetó Annio—. Yo valgo al menos ochocientos.

Un golpe en la cara lo hizo callar, pero su camarada tenía razón; Marco supo que aquello no era una subasta, sino una farsa. Se escenificaba un acuerdo establecido a un precio ridículo; únicamente hombres jóvenes y fuertes, la mayoría con experiencia en el uso de armas. Su destino solo podía ser uno.

## II

El anfiteatro era de estructura simple; no contaba con sótanos ni subterráneos, ni con elevadores para acceder a la arena. Por ello, los prisioneros aguardaban en la galería abovedada que rodeaba a la pista y servía de sustento a las gradas. Sentado en el empedrado, Marco permanecía en silencio, con la atención fija en el muro lleno de pintadas obscenas, sobre la mugre que caía en regueros entre salpicones de sangre. Recorrió con la vista a todos y cada uno de los cuarenta hombres que, encadenados, aguardaban la muerte con nerviosismo. Los habían despojado de las túnicas y solo vestían calzones de lino.

Bajo la lúgubre arcada, los leones, leopardos y hienas que habían sobrevivido a un largo viaje en barco aguardaban enjaulados, junto a jabalíes y ciervos capturados por toda Italia. Sin duda, Varrón Murena contaba con buenos amigos en provincias que lo proveían de bestias, bajo la expectativa de recibir futuros favores. Las *venationes* o cacerías comenzaban por la mañana, y los gladiadores eran el plato fuerte de la tarde, cuando el calor no resultaba sofocante. De este modo, las ejecuciones de prisioneros de guerra y de criminales tenían lugar durante el descanso para comer; eran la parte más aburrida del espectáculo, y por ello a los *noxii* se los llamaba con sorna «los gladiadores del mediodía».

Annio se quitó un pequeño colgante de barro cocido para entregárselo a Marco.

—Toma —le dijo—. Si sobrevives, dáselo a Lesbia.

Su amigo estaba débil, y lo sabía. A pesar de su corta altura, Annio era terco como un onagro, pero se encontraba al borde de la extenuación. A su lado, Niñato, con el pie infectado, no tenía mejor aspecto.

El sonido de unas trompetas, acompañado de vítores y aplausos, anunció el inicio de los juegos. La *venatio* dio comienzo con una exhibición de animales exóticos: media docena de *bestiarii* arrastraron hasta la pista a un par de jirafas traídas de Egipto y a un elefante libio que, usando la trompa, escribió varias letras en la arena.

En el oscuro corredor, hombres y bestias aguardaban. Los domadores condujeron hacia la puerta a una leona, acosándola con bastones de punta metálica. Solo se oían gritos, lamentos y rugidos. A los demacrados cautivos les temblaban las manos y apenas podían contener el llanto; los animales se revolvían cada vez más inquietos dentro de las jaulas.

—Huelen la sangre —dijo el miembro cántabro de su decuria, como si aquello no fuera con él.

Los soldados tiraron de las cadenas para arrastrarlos en dirección a las puertas y liberaron a media docena de ellos. Había llegado la *damnatio ad bestias*. Hilario se arrodilló para abrazar las piernas de su guardián. Lo llevaron a rastras hasta el umbral.

Las puertas se abrieron. Un grupo de *bestiarii* entró con los cuerpos sin vida de un par de hienas; los cadáveres se amontonaban bajo la bóveda. El resto de los domadores empujó cuatro jaulas con varios felinos hasta la pista. Vieron que ataban a los seis prisioneros a un poste clavado en la arena, para dejarlos ante una jauría de fieras hambrientas.

Cerraron las puertas y de nuevo se vieron a oscuras. A través de la abertura que formaban las dos hojas vieron a Hilario tratando de librarse de las ataduras. Un leopardo saltó sobre él y las fauces le desgarraron el rostro.

Marco se sentó en el suelo. El hedor a orín era cada vez más intenso. Ante ellos desfiló un grupo de hombres armados con una panoplia similar a la de los gladiadores. El enfrentamiento entre *venatores* y animales estaba a punto de empezar. Pronto llegaría su turno. No importaba qué los aguardaba más allá de aquella puerta: no tendrían oportunidades de sobrevivir. Sus planes se habían truncado. Morta, la más cruel de las tres diosas que tejían el destino de los hombres, iba a cortar en cualquier momento el hilo de sus vidas. Las parcas se habían burlado de ellos, y su deseo de venganza los había arrastrado hasta las puertas del Hades. Pronto Caronte conduciría su alma a través del Estigia.

Una docena de legionarios se presentó ante ellos para dividirlos en dos grupos. Apenas quedaban treinta prisioneros con vida. Marco atisbó la aterrorizada expresión de Felix cuando los despojaron de los grilletes para entregarles las armas: lanzas de caza, escudos ajados y espadas melladas.

*Damnatio ad gladium*. Aquello no sería un combate, sino una ejecución en masa.

—Debéis saludar al organizador como «Los que van a morir» —les dijo uno de los soldados.

El sol ya casi había alcanzado su cénit; las sombras proyectadas sobre la arena menguaban. Súbitamente, las puertas se abrieron con un nuevo estruendo y la mitad de los cautivos fueron conducidos a la pista.

Marco se apoyó sobre el portón para mirar a través del resquicio. La mayor parte de los prisioneros arrojó sus armas para salir corriendo. Felix trató de trepar por el muro que los separaba de las gradas, pero allí lo esperaban los guardias. Lo golpearon con las lanzas en la cabeza y cayó de bruces sobre la arena. Un gladiador apareció de la nada para degollarlo con su *sica*. La multitud estalló en carcajadas.

«*Quien ha aprendido a morir ha aprendido a no ser esclavo*», decía un antiguo proverbio estoico, que tantas veces le repetía su padre adoptivo. Tuvo que apretar los puños para amortiguar el temblor de las manos. Alguien palmeó su hombro. Se giró para tomar el *gladius* que le ofrecía Niñato.

Lo sopesó. La hoja estaba oxidada y la madera de la empuñadura se había agrietado por el sol. Sin embargo, su tacto le transmitía una sensación agradable. Se sintió vacío de emociones; su mente se concentró en hacer lo que le habían enseñado durante años. Solo entonces fue consciente del tiempo que había permanecido desarmado. La euforia que aquel *gladius* le transfería se entremezclaba con la certeza de su dependencia de él, como el amor y el rechazo que experimenta un borracho hacia una jarra de vino.

Desde el fondo del pasillo, cinco individuos vestidos como Caronte arrastraron los cadáveres de sus compañeros con unas cadenas provistas de ganchos. Marco observó de nuevo la pista: era elíptica, de unos cuarenta pasos por veinte. Se encontraban tras la puerta li-

bitinense; en el otro extremo del eje mayor, estaba la puerta triunfal, tras la cual los aguardaban sus verdugos. Entre ambas, habían construido una escenografía teatral: un montículo con palmeras y árboles exóticos que simulaba un paisaje fantástico.

Aquello podría servirles.

Contempló a los catorce hombres que iban a morir junto a él. Demacrados, sostenían con sus miembros escuálidos las viejas armas que les habían entregado. De entre ellos, solo cinco poseían escudos de legionario; el resto contaba con otros circulares de dos pies de diámetro o sostenía una lanza con ambas manos. Fides apenas podía contener el llanto. Toda su mezquina adulación no iba a salvarlo de compartir su destino.

Marco se presentó ante él:

—Dame tu escudo.

El otro alzó la vista, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—Ni lo sueñes —respondió.

Recibió el impacto del puño en plena mandíbula y cayó al suelo, como un fardo lleno de estiércol. Marco le arrebató el escudo y se encaminó hacia el resto. Por un instante, su atención recayó sobre los cántabros: conocía bien su forma de combatir. Había luchado contra ellos solo un par de años atrás; ahora, por algún capricho de Némesis, lo haría a su lado.

—Hispano, ¿cómo te llamas? —preguntó al miembro de su decuria, en ese áspero dialecto celta que había aprendido en Cantabria.

—Boutio, hijo de Talaius.

—¿Sabes usar una espada, Boutio?

—¿Sabes ceñirte una toga, romano?

No pudo contener una sonrisa. Aquella actitud le resultaba familiar.

—Coged los escudos circulares —dijo a los hispanos—. Nosotros tres nos desplegaremos formando una línea, con el flanco izquierdo cubierto por el muro de las gradas —añadió, refiriéndose a sus camaradas—. Vosotros combatiréis a nuestra derecha, pegados a la escenografía. —Los bárbaros tomaron las armas de las manos de los otros cautivos, que los contemplaban atónitos, sin pronunciar

palabra—. El resto, por detrás de nosotros con las lanzas —dijo esta vez en latín. Al ver la desconcertada expresión de Asno, le preguntó—: ¿Cuál es tu nombre?

Hubo un gesto de duda. Solo durante un instante.

—Lucio Hirtio Aquila, de la tribu quirina —respondió el otro.

—Lucharás a mi lado, Lucio Hirtio Aquila. Deberás mantener la línea en todo momento. ¿Crees que serás capaz?

El escuálido prisionero asintió con determinación. Marco se encará al resto.

—Esperan contemplar otra cacería —les dijo, alzando la voz—, que nos preocupemos tan solo de nuestra piel, para acabar uno tras otro con todos. Pero ya los habéis oído: vamos a morir, y eso nos hace libres. Durante todo este tiempo han tratado de arrebatarnos lo único que nos quedaba. Si huis, si renunciáis a combatir, les demostraréis que lo han logrado.

Niñato afilaba su espada sobre una piedra del dintel. Annio remachó a golpes la espiga de la suya y la sostuvo con ambas manos, el pomo apoyado en su frente, para recitar en griego:

—«Tú, que en las batallas otorgas la corona, precio del triunfo, distintivo de la gloria. Por ti, divina Niké, todo cambia. Ven, deidad poderosa, y protege a los que te suplican».

«*Nadie tiene el control absoluto sobre un combate. Por muy bueno que seas, el contrario siempre tendrá una oportunidad para matarte. Por eso, con una espada en la mano, nadie está completamente indefenso*». Marco recordó aquellas palabras del gladiador ilirio que había conocido en su niñez. La compañía de sus dos contubernales le reconfortaba. Durante años, se habían enfrentado juntos a los mismos peligros, desde la lluvia que los congelaba hasta un ejército de bárbaros ansiosos por hacer de sus cabezas un trofeo.

Fuera, el presentador se dirigía al público:

—Si de tiempos remotos venía nuestro anterior combate, este se remonta a los mismos orígenes de Grecia: la lucha entre aqueos y troyanos. Gracias a la generosidad de Licinio Varrón Murena...

Las puertas se abrieron y una intensa luz los cegó. Un rugido ensordecedor llegó hasta ellos junto a la música de trompetas y flautas. El perfume de rosas mezclado con el olor de la sangre, el sudor y la podredumbre. Por encima del muro de diez pies de altura que

los rodeaba, las gradas estaban vacías, en gran parte. Marco señaló un estrechamiento hacia el eje menor del recinto, entre el muro y la colina artificial con árboles plantados. Los prisioneros corrieron hacia él, sin molestarse en saludar al palco.

Todos se detuvieron. Los hizo formar en línea. Los tres soldados, codo con codo, con el muro a su izquierda; los cántabros solaparon escudos a su derecha; media docena de lanceros por detrás.

Del otro extremo de la arena, aparecieron ocho gladiadores.

Eran *gregarii*, luchadores de tercera, púgiles fracasados, con un buen número de derrotas a su espalda o que acababan de iniciar su carrera. Casi los doblaban en número, pero ellos contaban con una panoplia completa y no se habían pasado los últimos días en el interior de un agujero, alimentándose con gachas de centeno.

Por un instante, Marco examinó su formación: todos los prisioneros permanecían en su lugar.

Los gladiadores se aproximaron. A pesar de los yelmos que les ocultaban el rostro, era posible intuir su desconcierto. No se encontraban ante las presas que esperaban. Se detuvieron a cinco pasos, para tantearlos. A pesar de su tosquedad, las picas otorgaban a los condenados un mayor alcance.

Entonces un gladiador cargó contra ellos. La lanza de Lucio Hirtio Aquila se hundió en la protección acolchada de su brazo. Otra se le clavó en el vientre. El *gregarius* cayó al suelo y sus compañeros retrocedieron, sin saber qué hacer.

—«Muchas tretas conoce la zorra. Solo una el erizo, pero la importante». —Marco sonrió al escuchar las palabras de Annio.

Los *gregarii* retrocedían mientras el público murmuraba, desconcertado. Marco corrió hacia el gladiador que yacía en el suelo y le propinó una patada en la cabeza con la planta del pie. El yelmo amortiguó el golpe, pero el cuello crujió como una rama. Tras arrebatarse el *gladius*, recogió del suelo su pesado escudo. Arrojó el suyo a Fides, para devolvérselo.

Alzando sus nuevas armas, se encaró a sus enemigos:

—¡Venid aquí, hijos de puta!

El resto de los prisioneros comenzó a insultar a sus enemigos. En situaciones como aquella, no acostumbraba a malgastar el aliento, pero deseaba provocar esa reacción.

—¡Vais a morir! —les dijo un gladiador.

—¡Sí, pero antes me comerás la polla! —gritó Lucio Hirtio Aquila.

Sus compañeros estallaron en carcajadas, desahogando toda su ansiedad contenida. No tenían nada que demostrar, ni tampoco nada que perder, y aquellos profesionales de la arena se jugaban su reputación. El tiempo avanzaba en su contra, cada instante que pasaba los dejaba más en evidencia. El público seguía desconcertado, se habían salido de la escaleta. En aquella recreación de *La Ilíada*, Héctor enviaba a los aqueos de regreso a Grecia a patadas en el culo.

Uno de los hispanos se adelantó y, tras levantarse la túnica, comenzó a orinar sobre el cadáver. El respetable se mostró escandalizado. Los gladiadores se vieron obligados a atacar de nuevo.

Falange. Muro de escudos. Daba igual cómo se llamara: formar codo con codo hacía de aquella escaramuza algo muy distinto a una suma de combates individuales. No solo hacía posible luchar en grupo y desarrollar aquella táctica, tan rudimentaria como efectiva, sino que, por encima de todo, los hacía ser conscientes de la existencia de un «nosotros» y un «ellos»; y eso, en cualquier enfrentamiento armado, era algo inestimable.

Se sucedieron las acciones de tanteo. Annio retrocedió, ante la presión de un gladiador:

—¡Cebo!

Su enemigo dio dos pasos hacia él. Marco lo estaba aguardando. La hoja de su *gladius* se abrió paso entre las costillas del *gregarius*, que aulló de dolor.

Sin experiencia en el combate en línea, los gladiadores solo trataban de herir a quien tenían enfrente. Era lo más inmediato. Como sus enemigos estaban cubiertos por un escudo desde la rodilla hasta el hombro, eso resultaba casi imposible, a no ser que cometieran un error. Los contubernales luchaban en equipo, buscando un fallo en el adversario de su derecha. Ese extremo de una formación siempre tendía a envolver al izquierdo de la opuesta. Por ese motivo, Marco había decidido apoyar su flanco más débil en el muro de las gradas.

Se giró un instante, para ver el combate en conjunto, y descubrió que estaba dando resultado.

—¡Cuidado!

La advertencia de Annio llegó tarde: sintió un tremendo dolor en el muslo, en la parte de atrás; no podía ser un *gregarius*. Al girarse, se encontró ante Fides, empuñando su espada con los ojos encendidos por la rabia. Niñato lo apuñaló en el cuello. Sin embargo, al hacerlo se había descubierto, y uno de los gladiadores lo acuchilló en el costado.

Una vez abierta una brecha, la línea se vino abajo. La escaramuza degeneró en un caos de combates individuales, sin ningún orden, en el que los prisioneros se llevaron la peor parte. Solo los cántabros, haciendo un círculo en torno al cadáver de Boutio, mantenían el orden.

Había cometido el error de menospreciar el fabuloso potencial de la estupidez humana. Tras ahogar una maldición, Marco desgarró su túnica para vendarse el corte en la pierna, tratando de detener la hemorragia. Recogió su *gladius* del suelo y se incorporó, apoyado en el escudo. Todo estaba visto para sentencia: Niñato permanecía en el suelo, aferrando su herida con las manos. El cuerpo de Lucio Hirtio Aquila yacía sin vida a su lado. Annio trepaba por la escenografía perseguido por un *gregarius*. Los hispanos habían caído empuñando sus armas, tras llevarse a un par de gladiadores consigo. La arena estaba repleta de cuerpos sin vida. Él no tardaría en acompañarlos.

En la guerra resulta fácil encarar a la muerte: puede justificarse por algún noble fin. La suya solo serviría de entretenimiento a una chusma ociosa. Tenía que enfrentarse él solo a tres gladiadores.

Marco buscó a tientas la pared de la tribuna, para tener cubierta la espalda. Cojeaba, la sangre no dejaba de manar. Aun así, no parecía tener afectado ningún tendón; podía apoyar todo el peso en la pierna. El dolor era lo de menos. A pesar de la herida, confiaba en moverse más rápido que sus enemigos acorazados. Estudió la complexión de sus oponentes: eran jóvenes, casi adolescentes. No actuaban de forma coordinada; iban a disputarse el honor de acabar con él. El primero estaba casi a tres pasos. Marco dejó caer levemente su escudo.

El gladiador no aguardaba otra cosa, era una torpeza digna de un esclavo rústico. Encajaba muy bien en lo que esperaba de él. Su demacrado aspecto lo decía todo: herido y exhausto, el peón de granja era incapaz de sostener su escudo.

En un combate puedes planear una estrategia. Pero, llegado el momento, es el entrenamiento lo que hace que tu cuerpo responda por sí solo ante un estímulo. Ves un hueco en la guardia y lanzas una cuchillada directa al pecho; cuando quieres darte cuenta, tu enemigo está agonizando. Si piensas en hacerlo, jamás lo lograrás.

Eso, en ocasiones, te conduce a una trampa.

Al ver cómo se descubría el rostro, el gladiador trató de golpearlo con el canto de su escudo.

Una vez iniciada, es fácil corregir la trayectoria de una espada; con un escudo de quince libras, resulta imposible. Marco dio un paso a la derecha y se agachó. El escudo pasó por encima de su hombro, y le introdujo dos palmos de hierro en el pecho. La voz del gladiador se transformó en un alarido metálico, pues el yelmo hizo de caja de resonancia.

Al incorporarse lo derribó de una patada para extraer el arma. El segundo *gregarius* tuvo que rodear el cadáver, y eso le dio tiempo de prepararse. Gritó hasta quedarse afónico. Él también lo hizo. Ambos cargaron, escudo contra escudo.

Marco dio un paso atrás; cedió ante su empuje con la zurda y lanzó un gancho con la diestra, desde abajo, girando el torso, en un único movimiento. Al adelantar su defensa, el gladiador había dejado el costado al descubierto. Esta vez no hubo grito, pero la puñalada atravesó el bazo. Se situó a su espalda, tiró de la cimera hacia atrás y deslizó el filo por la garganta desnuda. La presión arterial hizo que la sangre salpicara al tercer gladiador; los espectadores rugieron de júbilo. El último *gregarius* dio un paso atrás.

Ante lo familiar no existen las dudas. Frente a lo inesperado se desconfía de todo.

—¡Annio, búscale la espalda! —gritó Marco, con la vista perdida a su izquierda.

A pesar de no distinguirle el rostro, casi pudo leerle el pensamiento. La visera del casco le anulaba la visión periférica; no podía saber si tenía a alguien en el costado. Su petición de ayuda podía ser un truco. Si se giraba, le regalaría un precioso instante.

El gladiador aulló de dolor cuando Annio lo rejoneó como a un jabalí, esgrimiendo una lanza con ambas manos. El *gregarius* cayó de rodillas y alzó la mano para solicitar clemencia.